

## Capítulo 1

Recuerdo mi primera vez como si fuera ayer. Estaba aterrado, sudoroso y un tanto aturdido con la intensa luz de la cámara de video profesional que me apuntaba como si estuviera en el paredón. A mi izquierda Raina Novak, una de las mujeres más hermosas que vería en mi vida, y estaba justamente ahí, esperando que todo sucediera y, no bastando con la presión natural del hecho, pretendía que lo hiciera como un profesional. A mi derecha, una mujer bastante fea; nunca supe su nombre, o lo olvidé tal vez.

Al fondo de la habitación estaba Pilarica —mi querida Pilarica— observando el proceso sin intervenir, pero en actitud de alerta ante cualquier maltrato que alguno de los presentes pudiera darme. Su hijo, un niño flaco y de cabello ensortijado, estaba sentado en el suelo jugando con un carrito que había sido mío pocos años antes de esta escena. Imagino que el ruido de la ruedita de goma faltante hacía chillar el piso, fastidiando al hombre que decoraba el lugar con unos afiches y que le lanzaba al niño, de tanto en tanto, unas miradas que relataban la historia de su poca paciencia y de la relativa incomprensión hacia los pequeñines.

La mesa que se dispuso para mí era metálica, liviana y simple. Toqué el borde y el frío me heló los dedos aun delgados y frágiles. Reproché internamente la costumbre invariable que tengo de acariciar los bordes de las mesas, de las

sillas y jugar con la punta de las sábanas, sintiéndome obligado a hacerlo, sin explicación aparente.

Una mujer se me acercó con una esponja de forma piramidal y una pequeña caja destapada. Deslizó la esponja fría sobre mis mejillas, con esa crema de color “piel” que, al secarse, acartonó mi cara. Cuando tuve la intención de llegar hasta aquí, no pensé que fuese algo tan doloroso e irritante, mucho menos que se haría en un ligero espectáculo público en torno a mí.

En aquel tiempo, yo era el centro de los intereses de todos, empezando porque ese mismo día cumplía mis doce años de edad y se me consideraba bastante avanzado entre los miles y cientos de personas que trataban de tener lo que en mi corta vida había logrado. Me consideraban niño prodigio, aunque yo sabía muy bien que era un caso más de alta publicidad de masas y de novedad. Por encima de mi talento, me estaba convirtiendo en fenómeno circense.

Eso es lo que quedó grabado en mi memoria del día en el que hice la primera firma libros de cuentos de los muchos que luego serían escritos de mi mano con la pluma antigua, de plata italiana, que me regaló Raina en ese mismo cumpleaños.

Si hoy me preguntan si hubiese controlado mejor los nervios estando mi madre presente, lo negaría. Ya sabía que ella no estaría a mi lado en ninguno de los acontecimientos importantes de mi juventud. Era imposible. De hecho, cuando ella todavía estaba en la capacidad de atenderme maternalmente prefirió delegar su responsabilidad primordial en Pilarica, la mujer con acento madrileño que cuidaba de mí desde que vi la luz del mundo por vez primera.

Ella me cuenta que mi hermano tuvo la oportunidad de nacer en una clínica moderna y bien dotada, donde acudían los más adinerados de la época. Pero yo no conté con la misma suerte.

La noche de mi nacimiento caía una lluvia torrencial, con vientos de esos que hacen caer árboles enormes. Mi madre había decidido quedarse por algunos días en la pequeña casa de la montaña donde creció, pero empezó con los dolores y las contracciones y ya no pudo regresar a la ciudad.

Mi madre sentía que debía aguantar lo más que pudiera para el alumbramiento, ya que tenía la creencia de que la lluvia era un mal augurio. A decir verdad, para ella los sucesos más tontos de la vida pueden ser de mala suerte, como los eclipses, los temblores, la sal tirada al suelo, decir tres veces la palabra “muerte” en menos de un minuto, vestirse de negro los domingos, un búho posado en el techo de la casa, los murciélagos, los truenos, que una gallina ponga sus huevos al tiempo que cante el gallo, limpiar o bañarse después de las seis de la tarde, entre otras cosas que siempre me parecieron sin sentido.

Cuando yo nací, la lluvia estaba demasiado intensa. Dicen que no se escuchó mi llanto, opacado por el escándalo de un trueno muy potente.

Desde ese instante mi madre me prefería alejado de ella y del pecho que debía sustentarme, suplido únicamente por un biberón de goma hasta que tuve la edad suficiente como para comer cremas y sólidos (preparados por Pilarica, obviamente). Yo fui su amuleto de mala suerte y me lo hizo saber cada vez que podía.

En el momento en que pude ver un pecho femenino aún era muy inocente como para sentir morbo. Nunca vi el de mi madre; tampoco el de Pilarica, que alimentaba a su niño con un recelo tal que algunas veces creía que la criaturita podía asfixiarse entre tantos trapos con los que cubría su pecho. Fue una equivocación casi planificada que provenía de mi curiosidad ante la fruta que se me prohibió en la infancia.

Para ese entonces, trabajaba en la promoción literaria, por lo que se me hacían frecuentes los viajes con mi editora y tutora secundaria, Raina Novak.

Estábamos solos en un hotel —uno de los muchos que conocería— y Raina había pedido una suite de dos habitaciones, donde teníamos que compartir el mismo baño.

Apenas llegamos, dejamos los equipajes, sin desmontar, en la habitación y bajamos al restaurante del mismo hotel.

Cenamos con el señor Brust, un viejo famélico y de aliento a colillas húmedas, que no paraba de decir obscenidades, riendo de sus malos chistes con aquellos dientes amarillos y pegotes negros que me causaban repulsión. No recuerdo su papel en mi vida, pero alguna relevancia tendría como para que fuese nuestro invitado aquella noche y otras tantas. Raina no era muy dada a compartir sus ganancias (o mis regalías) con nadie, a menos que el sujeto en cuestión tuviera un protagonismo en la relación de beneficios.

En medio de las risas refinadas de Raina, las escandalosas de Brust y las que yo emitía sin comprender los chistes del viejo, a nuestra bella dama se le ha caído la copa de vino, haciendo resbalar el néctar de los dioses sobre su pecho, dejando en evidencia que no llevaba sujetador.

—Si quieres, te limpio con mi servilleta —dijo Brust, con la mirada lasciva que le caracterizaba.

—No seas depravado, viejo, y respeta al chico.

—¿Chico? Aquí veo a un hombrecito que te come con la vista. ¡Cochinito Silva!

¿Cochinito Silva? ¿A qué se estaba refiriendo el viejo Brust? Lamento haber dejado al descubierto mi asombro al notar el hallazgo bajo la blusa de seda de Novak, pero no era usual, en mi medio, toparme con estos sucesos. Con toda honestidad puedo referirme a mi mirada como algo inocente, cuando pensaba que a la pobre mujer se le estaba quedando por fuera una parte tan delicada que mi madre

me había negado y que por algún motivo Pilarica custodiaba.

Al terminar la velada, mi editora y yo nos retiramos a las habitaciones. Me quedé observando como ella sacaba de la maleta una toalla estampada con flores, mientras que sus pies descalzos acariciaban el frío suelo de gres que imitaba la madera.

Ella se metió a la ducha. Unos cinco o seis minutos más tarde, escuché la voz de Raina, llamándome. Mi pulsación se elevó, mi cuerpo temblaba, no sé si de emoción o miedo. ¿Qué querría Raina, desde el baño? Mi mente se nubló con la imagen del vino deslizándose por el blanco escote, mostrando más de lo que mi imaginación podía crear.

—¡Luca! Te estoy llamando, niño tonto. ¿Me oyes? —Su voz me hizo recapacitar y volver a la realidad.

—Dime, Raina.

—Pásame mi ropa, la dejé encima de la cama.

Ahí estaba ella, con su cabeza asomada por la puerta del baño, su cabello mojando el piso, su mano sosteniendo la ropa. No pude ver nada más.

A partir de entonces, un increíble deseo recorrió mi cuerpo de una manera inexplicable, como si millones de hormigas picotearan mis piernas y causaran convulsiones en la parte baja del abdomen.

Cada vez que Raina debía bañarse, comenzaba la danza de las hormigas en mi piel, y me hice preso de un nuevo ritual, que me obligaba a quedarme de pie frente a su puerta, aspirando el aroma de su jabón, de su champú, de las cremas que aplicaba en sus brazos y muslos. Las figuras en mi cabeza eran borrosas, ya que realmente no tenía idea del aspecto real del cuerpo femenino, ya que sí estaba claro que no éramos iguales. Cuando ella estaba descuidada, recogía cada uno de los productos que usaba y los aplicaba sobre un pañuelo, para olerlo las veces que quisiera.

Uno de esos días, no aguanté la tentación de constatar cómo lucía Raina sin ropa. Seguí el rastro de miel de su crema para el cabello.

Como yo había hecho seguimiento, sabía que ella no trancaba la cerradura, por lo que esperé que el agua cayera para abrir la puerta con cuidado. La manilla giró con lentitud. El ruido del agua cayendo se hacía más intenso en la medida que avanzaba mis pasos.

A través de la puerta semitransparente de la ducha pude ver la silueta graciosa de Raina. Su cabello mojado escurría sobre su espalda y las manos se deslizaban sobre el abdomen. Me sentí tan nervioso que quise huir, como si estar ahí fuese un crimen.

—¿Eres tú, Luca?

No dije nada. Me quedé petrificado, sin saber qué hacer.

—¿Luca?

Di dos pasos hacia atrás, con cuidado de no tropezarme. Entonces me impactó que ella, en vez de salir de la ducha y cubrirse, continuó su rutina de aseo como si yo no estuviera presente. A decir verdad, sentí una pizca de ira al verme ignorado, como si mi estampa fuese un humo en el espacio.

Al cerrar la llave del agua apresuré mi escape, con torpeza, dejando caer unos envases metálicos. Ella corrió la puerta de la ducha, quedando completamente desnuda ante mí.

—¿Qué quieres Luca?

—Me estaba orinando —contesté, con la voz temblorosa.

—Sabes que no es así. No tienes por qué decirme mentiras.

—¡No miento!

—Luca, querido —dijo ella, tomándome con fuerza de un brazo para que pudiera sentarme sobre la poceta—, es normal que a tu edad comiences a sentir curiosidad. Eso le

ocurre a todos los chicos. Más bien, creo que te has pasado de años para fisgonear. Los demás lo hacen entre los doce y los catorce años, pero ya tienes casi quince. Si querías verme, debías pedirlo. Creo que tenemos mucha confianza para hablar con la verdad por delante, ¿o no?

—Sí, pero...

—No seas tímido, cielo —sonrió Raina—. Ven, ayúdame a secarme el cabello.

Mis ojos se deleitaban con sus vértices y sus curvas. ¿Mi madre se le parecería? Es posible, ya que cuidaba mucho su cuerpo como para ser distinta a esta bella mujer que mostraba, sin inhibiciones, su figura ante mí.

Pasaron los minutos y ella no quería vestirse. Al parecer no había incomodidad en la situación, que se repitió muchas veces. Solamente había una petición de su parte: nadie podía saber lo que sucedía en nuestros prolongados viajes.

La prohibición se hizo más estricta cuando, pasados unos meses, los encuentros furtivos se convirtieron en situaciones más intensas y peligrosas, que se fueron muy lejos de miradas. Por el contrario, las manos se enloquecieron, seguidas por todo lo que pueda imaginarse. Perdí la inocencia en un sentido amplio.

A mis dieciséis, ambos estábamos descontrolados y no nos importaba si nos encontrábamos en un viaje de negocios, en su casa, en su despacho o en una de las habitaciones de mi casa materna, donde aprendimos a ocultarnos de Pilarica.

No sé lo que significaba para ella toda esta loca aventura, pero para mí no existía nada mejor que estar a su lado. Mi desempeño era mediocre, pero ese no era mi asunto, sino compartir mis minutos, mis pensamientos y todo mi ser con la mujer que amaba, la única que llevaba en mi mente durante todo el día.

¡Tantos poemas escribí en su honor! Hasta que comprendí que *ella era el poema*. Ella era fuego, locura, una serpiente hechizada, viento, tormenta, sueño y pesadilla. La única persona que me ha hecho desprender de las palabras claves para expresar mis sentimientos, la dueña absoluta de mis mejores momentos y de todas mis tragedias.

Raina disfrutaba el enseñarle a su aprendiz todo lo necesario para que pudiera convertirse en un experto, mientras que yo alucinaba con su sonrisa, que podía crear mariposas —o cuervos— revoloteando en mi estómago.

Pero no todo mi tiempo lo ocupaba Raina y sus prácticas maravillosas y secretas. Desde que comencé a escribir abandoné los estudios formales, sin embargo, tuve una maestra dedicada a mantenerme escolarizado en cualquier parte del mundo. Otra profesora me enseñaba un idioma, y otra más se encargaba de otro, así que tuve una adolescencia muy ocupada, rodeado de adultos.

Una vez conocí a una chica de mi edad. Era una bailarina de ballet, linda y delicada, hija de mi profesora de francés.

Nuestros encuentros eran inocentes y amistosos, generalmente controlados por la una Raina cautelosa en extremo, que se paseaba a nuestro lado como la leona en cacería.

—¿Te gusta Elisse, Luca?

—No.

—No sabes mentir.

—¿Y qué si me gusta? Tú tienes novio y yo no me entrometo.

—Estuviste una semana sin dirigirme la palabra cuando te enteraste. Todo el mundo se dio cuenta de que estabas actuando raro conmigo, hasta mi novio.

—No sé qué esperabas. Creía que lo nuestro...

—¿Lo nuestro? Hablas como si tuviéramos una relación formal. Luca, necesito que te des cuenta de que eres un niño idiota para mí.



—Entonces buscaré a una niña.

—Ni se te ocurra jugar conmigo, Luca Silva, ni se te ocurra.

Al día siguiente de aquella conversación, decidí escaparme del alcance de Raina con Elisse, a una casa abandonada que nos quedaba en el camino.

—Elisse, baila para mí.

—No.

—Anda... Quiero verte.

—Bien, lo haré, pero no te burles.

—No puedo burlarme de ti. Jamás lo haría.

Elisse bailó para mí. Con cada giro y pirueta me dejaba fascinado, entre las luces sombras, muebles cubiertos de polvo y pisos roídos. Apenas iba descubriendo que el cuerpo humano podía desplazarse con tanta gracia y flexibilidad, mucha más que la que Raina demostraba. En un momento en el que la concentración la abstraigo, la tomé de la mano y la acerqué a mí. Puse su mano en mi pecho, que saltaba de la emoción.

—¿Lo sientes Elisse?

Ella respondió, colocando mi mano por debajo de su clavícula izquierda.

—¿Lo sientes, Luca?

La mirada de la niña hermosa y perfecta que me acompañaba estaba llena de ilusión, mientras que su corazón se aceleraba más y más mientras me observaba de cerca. Un extraño calambre se extendió por mis vísceras, de una manera única y satisfactoria.

No puedo negarlo, me sentía confundido entre el amor intenso que sentía por Raina y la sutileza que despertaba en mí Elisse. Era incontenible y complicado. Al estar en aquella soledad, una carga eléctrica nació entre nosotros.

—Vamos, Luca —continuó ella—. Mi mamá me debe estar esperando.

Desde ese momento no pude dejar de pensar en Elisse. Cada vez que la veía, un delicioso susto me recorría el cuerpo, y una risa incontenible me atacaba. Traté de conquistarla con mis letras, y ella me hipnotizaba con sus bailes. Cada tarde regresábamos a aquella casa a jugar, como niños. Pero de noche me transformaba en un hombre, a criterio y disponibilidad de Raina, con quien tuve varios altercados sucesivos.

Y así, entre diversión y coqueteos disimulados, llegó el día que esperaba, cuando finalmente tuve la valentía de acercar mis labios a los suaves de Elisse. Fue tan breve, tan simple, pero sentí como si una fuerza sobrenatural me levantara del suelo y me llevara de un empujón a la estratósfera.

—¡Luca, basta! —Me exigió Elisse, cuando mis manos querían descubrir su angelical figura en toda su dimensión.

—Tranquila, no te haré daño —susurré.

—¡Que no me toques, abusivo!

Elisse se apartó de mí, llorando, y salió de carrera. Me sentí asqueroso, ya que si ella no lo aprobaba, entonces lo que había estado haciendo durante más de dos años con Raina no era algo bueno. Desde ese momento, la tierna bailarina se negó a verme.

Mi corazón estaba destrozado, tanto por el rechazo de Elisse como por la feliz relación en la que se encontraba Raina, en la que me había convertido en un agregado no deseado. Ella ahora se jactaba de verme solo, ganando la batalla sin luchar.

Las relaciones de Raina nunca tenían fundamento. Todas sus parejas duraban, en visitas con un fin muy específico, entre dos días y tres meses. Por supuesto, el que llegaba a tres meses a su lado había permanecido cinco o seis días de cada semana de viaje. Analizando el caso, ninguno se mantenía tan fiel como yo. Pero todo cambió cuando conoció a

Abdiel, mi nuevo dolor de cabeza. Se les veía tan felices y tan compenetrados que mi presencia estaba de más en su vida.

Así que ahora la profunda soledad me embargaba, entre el rechazo de Elisse y el poco tiempo que me dedicaba Raina Novak.

—Raina, tengo algunos cuentos que deberías revisar.

—Querido, no tengo tiempo. Debo irme de viaje mañana mismo.

—No me dijiste con tiempo... ¿Qué tipo de ropa empaqueo?

—Tú no vienes esta vez.

—¿Te vas sin mí?

—No voy de trabajo, Luca. Así que esta vez te has de quedar. ¡Me voy con Abdiel a conocer a su familia en Cuba!

Su alegría era mi desgracia. Si Raina continuaba viendo a este hombre, todo terminaría entre nosotros. Ya no podría hablarle como ahora, ni me dedicaría sus momentos más privados a mí. Conocer a la familia creo que tiene una connotación de seriedad, y conociendo a Raina, tal vez estaba a punto de quedarse para siempre con este estúpido.

El cúmulo de celos estaba acabando con mi cabeza, que ya tenía bastante con mantener bajo control mi alocada manera de pensar. Mi imaginación es tan poderosa que podía darme latigazos espirituales al saber con exactitud lo que sucedía a mis espaldas y más al conocer tan profundamente a Raina Novak. Yo sabía cada roce, cada beso, cada sonrisa que le regalaba a Abdiel en esas noches en las que no estaba conmigo. La estaba perdiendo irremediabilmente ante el inmenso cubano que le daba todo lo que yo ni sabía que existía en el universo.

Sin embargo, pronto la historia se revirtió a mi favor, ya que Raina y Abdiel terminaron la relación en malos térmi-

nos y yo, a pesar de mi reciente decepción, tenía la fuerza necesaria para ganarme su atención.

En ese instante comencé un juego desagradable con mi vecina, una chica de mi edad, pero con un prontuario “amoroso” bastante amplio. Para resumir, nunca hubo nada entre nosotros, bueno, nada más allá de lo estrictamente físico. Sin embargo, ante Raina existía una maravillosa y muy tierna relación, que podría terminar con un intempestivo matrimonio.

Quise pulsar mi suerte hasta que Raina se enojara, pero esto nunca sucedió. Por el contrario, cayó presa de una horrible depresión.

Sentía lástima por Raina, que esta vez se mantenía callada y con la mirada vacía, más avocada al trabajo que nunca. En varias ocasiones la encontré secando lágrimas y perdió las ganas de utilizarme de esclavo para su hedonismo. Aunque me costara asumirlo, se había enamorado de aquel hombre.

Un día, ya cerca de mi mayoría de edad, viajé con Raina a la casa de la montaña. Preparé para ella una cena especial y le pedí que me acompañara al precipicio, desde donde la vista era perfecta. Bingo, mi perro, nos siguió con la cola levantada y su trote, que marcaba la cojera de la pata derecha.

—¿Te gustó la cena?

—Sí...

—Por ese tono puedo pensar que estuvo horrible.

—Bueno, he comido cosas mejores. Mi idea de una cena no es una lata de carne con una lata de frijoles picantes y una lata de duraznos para el postre. No cocinaste mucho, de hecho.

—Quise hacer lo mejor, pero ya sabes que no soy bueno en la cocina. Por lo menos mejoré la carne con la ensalada.

—Estaba insípida. Le faltaba sal y aceite de oliva.

Tomé todo el aire que pude y me las ingeníé para desviar las críticas de Raina. No sé si es por la naturaleza de su profesión o por gusto, pero a veces pienso que Raina tiene un don para encontrar las fallas del mundo que la rodea, especialmente si yo estoy en él.

—Está linda la luna —logré gesticular al fin.

—Sí. Es grande y... blanca.

—Es radiante como tu sonrisa.

—Se me olvidaba que eres escritor y todo los ves de manera poética, hasta una bola de luz en el estúpido cielo.

—Permíteme corregirte: todo lo hermoso lo comparo contigo, que eres un poema viviente.

—Supongo que debo agradecerte...

—Tu cabello es el fuego que abrasa mi alma. Tu mirada es el silencio en donde nace mi esperanza. Eres tú, vida mía, el amor más puro y tierno. Eres tú mi alegría, mi horizonte y mi sendero.

—¡Vaya! Deberías dedicarte a la poesía. O sea, no solo publicar un libro cada década, sino hacerlo a menudo. Podría hacer de ti el mejor poeta latinoamericano de la era contemporánea. ¿Te imaginas esos premios y esos idiotas dedicando tus versos a las noviecitas? Eso nos daría muchísimo dinero.

—No puedo compartir los poemas que te recito con esos lectores. Si los aprueban los mediocres, entonces ya no tendrán valor. Eres mi tesoro, Raina, y no compartiré lo que siento por ti con nadie.

—¿Y qué es eso que dices sentir por mí?

—Te amo.

—Luca, tú no sabes qué es eso. Estás demasiado chiquito para saberlo. A menos que te hayas enamorado de la flacucha francesa o de la otra... ¿Cómo se llama? Imagino la cantidad de versos que les escribiste...

—No estés celosa, mi amor. Aquello no tuvo importancia.

—Ustedes se escapaban a cada ratito. ¡No soy idiota, Luca! No más la manera de mirarla me daba un panorama de todo lo que le enseñaste a la hija de tu maestra. Y con la otra hiciste de todo...

—Te juro que de un beso minúsculo no pasé con Elisse, contrario a lo tuyo con... bueno, con ese. Elisse es pura. Y si pretendes que aprendí algo nuevo con Mercedes, estás equivocada. Mientras estaba con ella, nunca dejé de pensar en lo mucho que te quiero. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Me quieres, Raina?

—No me preguntes eso. Sabes que lo que yo sienta es poco importante. Mi papel es trabajar con tu talento y ya.

—¿Y ya? Eso quiere decir que todo lo que ha pasado desde hace años entre nosotros es parte del trabajo.

—No es eso, Luca.

—Y que te has quedado conmigo, y que me llamas a diario para saber cómo he tenido el día, y que te matan los celos al imaginar todo lo que hice con Elisse y con Mercedes.

—No me interesan ellas. Si te casas o no con Mercedes, no es mi asunto. Es tu problema. Ya tengo suficiente con los míos.

—¿A qué te refieres?

—Estoy embarazada.

El mundo se disolvió ante mis ojos. Nada de lo que sucediera de ahora en adelante tendría importancia para mí. El amor de mi vida tendría un hijo con otro hombre, al que amaba y por el cual se sentía apesadumbrada.

—¿Vas a tenerlo?

—No. Pero algo me detiene. Yo no quiero tener hijos y Abdiel sí; entonces cuando le dije que no quería seguir con el embarazo, me dejó.

—¿Lo quieres?

—¿Al feto o a Abdiel?

—A Abdiel. Creo que es obvio que no quieres al bebé.

—Sí, a él lo quiero.

—Entonces quédate con el niño y con su padre, o déjalo ir y acepta este anillo y admíteme como tu esposo. Yo puedo criar a esa criatura. Si decides no tenerla, tendrás mi apoyo por igual.

Un mes más tarde Raina Novak y yo nos unimos en sagrado matrimonio, para las críticas de muchos por la diferencia de edades y a pesar de la negación de Pilarica. Yo sabía que ella lo hacía para huir de sus conflictos, mientras que yo me aprovechaba de ellos. Prometimos olvidar su embarazo y no intentar jamás repetir el lamentable episodio, no por el hecho de la decisión fatal, sino por el descuido que había generado la nueva vida en su vientre.

Nos mudamos a una urbanización elegante de la capital en la que la vida social tuvo un giro alucinante. Mi creciente fama me hacía el centro de las veladas convocadas por mi esposa, que se jactaba de servir los mejores licores y los perfectos picadillos europeos, signos de su majestuosa imagen.

Luego de una vida solitaria, el cambio me vino mal. Quise adaptarme al entorno, dejándome arrastrar por la moda. Era complicado dada mi poca destreza para tratar con otros seres humanos.

Me sometí a un proceso difícil, doloroso, improcedente, mediante el cual logré adquirir herramientas para hacerme uno más en medio del montón. Entre alcohol y drogas ligeras se pasaban mis días y mis semanas, inclusive.

Los escritos quedaron en el olvido, forzando a Raina a buscar nuevos clientes que pudieran facilitarnos los ingresos, ya que en muchas ocasiones debíamos comer las sobras de un día para el siguiente, y mi pobre Bingo tenía que

escaparse a cazar ratas o echarse cerca de un árbol de mangos que tenía un vecino, para no morir de hambre. Por supuesto, ante todo este clima inestable, mi relación con Raina quedaba pendiendo en un hilo.

Día tras día nuestro hogar se llenaba de soledad o de gritos histéricos, las pocas veces en las que coincidíamos. Luego vino la disputa porque yo quería un hijo, mientras que ella se negaba rotundamente, recordándome que ese fue el primer punto tratado en nuestro acuerdo prenupcial privado. Repetí hasta el cansancio que me repudiaba y que no me perdonaba la relación con Elisse, como si aquello hubiese tenido relevancia en mi vida.

Cuando finalmente me di cuenta de lo que estaba sobreviniendo en mi desempeño social, familiar y laboral, me desaté de las malas riendas que me guiaban y puse todo de mí para escribir algo que valiera la pena. Así fue como nació el detective López y sus historias de crímenes.

Un primer libro llamó la atención del público. Uno más se convirtió en adicción. Un tercero, fue saga. Yo no estaba muy complacido con lo que escribía, pero en tres años pude sacar a la familia adelante con las cuantiosas regalías de mi obra.

Cuando todo estaba encausado, Raina decidió fundar su propia empresa de agentes editoriales y yo me estaba avocando a un nuevo proyecto de alta envergadura, al que le dediqué mis horas de trabajo y las de descanso, alejándome cada vez más de la vida de pareja y todo lo que ella representaba.

En diez meses estábamos publicando mi nuevo libro: *Mejores Tiempos*. Era un drama familiar de quinientas veinte páginas, con mucho romance, tragedia, suspenso y un toque etéreo de humor, que hicieron de esta obra el hito de mi carrera, convirtiéndome en acreedor de varios premios y reconocimientos mundiales. Así que a mis veinticuatro años



de edad y once de haber publicado por primera vez, ya estaba a la altura de los mejores.

Luego de eso, me vi obligado a viajar durante meses. Mi matrimonio tenía una excelente temporada, ya que Raina estaba gozando de lujos, nuevamente. Compramos una hermosa casa en la zona más exclusiva de la capital, en la que vivían los empresarios más talentosos y los militares de más alto rango. Las fiestas cesaron, o por lo menos bajaron significativamente en frecuencia y excesos.

Entonces estuve listo a escribir algo innovador antes de que el mundo se olvidara de mi brillo. Trabajé día y noche, hasta que el cansancio me dejaba extenuado, cayendo rendido sobre el escritorio. Raina me forzaba a terminar, como si en esta vida no existiera nada más por lo que debiera preocuparme.

Sin embargo, las distracciones no se hicieron esperar cuando un dolor de cabeza inclemente se apoderaba de mi concentración y me obligaba a retirarme a la cama más temprano de lo esperado. Mi esposa debía trabajar en su oficina hasta tarde y Pilarica había regresado con mi madre, por lo que lo usual era que me quedara solo el día entero.

Uno de esos días de aislamiento, la casa había quedado prácticamente a oscuras debido a que no quedaba nadie, aparte de mí, para encender las lámparas que disiparan las tinieblas. En la segunda planta, en la que estaba mi despacho, teníamos un largo corredor hacia la escalera.

Abrí mi puerta, como normalmente lo hacía y me quedé paralizado con una imagen tenebrosa que se hallaba al final del pasillo. Se trataba de un hombre alto, delgado que vestía una camisa blanca, la cual se destacaba entre las sombras. Un brillo maligno se desprendía de todo su ser, cargando el ambiente de miedo y adrenalina. Por un momento quise resguardarme, creyendo que se trataba de un ladrón, pero

su desaparición sorprendente me indicó que no se trataba de un ser viviente.

La misma escena se repitió una y otra vez, llenándome de pavor, por lo cual opté por dejar las luces encendidas desde las cuatro de la tarde, además de mantenerme cerca de Bingo, mi protector de siempre.

Entre tantas complicaciones, se hizo cuesta arriba terminar mi libro, sin embargo, lo logré. Lo lamentable fue recibir docenas de críticas negativas que hacían ver que Mejores Tiempos había sido un golpe de suerte para un novato, como me clasificaron.

En las revistas publicaron los fragmentos más “ridículos” de mi libro, me tildaron de fraude literario, insinuaron que mis libros más exitosos habían sido plagios de otros autores, hicieron un llamado al público para que no comprara “basura”, entre otras tantas reprimendas malintencionadas.

Mi esposa y representante solía decir que, a pesar de que tenían toda la razón en destruir mi última creación, al final de cuentas eso era mayor publicidad para mí y que los lectores más osados tratarían de comprar mi libro para juzgarlo por su cuenta, pero la verdad es que hasta los más dados a leer cualquier cosa me rechazaron.

En medio de mi tristeza, ya no quería quedarme solo, mucho menos con un fantasma en casa. Así que un día decidí salir y darle la sorpresa de mi presencia a mi amada esposa.

Entré a su oficina y ahí estaba reunida con su abogado. Me llamó la atención la expresión de ambos, pero lo pasé por alto. Esa misma situación se repitió un par de veces, hasta que decidí preguntarle lo que sucedía.

—No pasa nada, Luca. Son asuntos del trabajo.

—Perdona que te moleste, pero presiento que hay algo más.

—¿Quién te lo dijo? ¿Bingo o el fantasma de la casa?

—Raina, no te burles. Desde hace meses te noto cambiada. Me evitas, no me llamas...

—Luca, estoy en problemas. Graves. Resulta que mi esposo regresó y quiere dinero.

—¿Tu qué? Hasta donde yo sepa, tu esposo soy yo.

—Sí, tú eres mi esposo, pero hay alguien más.

—Explícate.

—Hace años me casé con un marinero, no sé si era militar o pescador, pero pasaba más tiempo en el mar que en tierra. Duramos juntos dos meses, desde que le conocí hasta que nos casamos, pero él se marchó y nunca pude encontrarlo para que me diera el divorcio, hasta pensaba que había muerto. Ahora volvió y me está chantajeando. Claro, como sabe que estoy en mejor situación que antes...

—Eso quiere decir que nuestro matrimonio no es válido.

—Correcto. Por eso estoy tratando de arreglarlo todo. Si él se esfuma permanentemente, entonces tú y yo no tendremos problemas.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé... Darle dinero, matarlo, lo que sea.

—¡Raina!

—Es un decir. Tengo que verlo y saber cuánto dinero quiere.

Aquello no me lo esperaba. Raina y yo no estábamos “completamente” casados. Con eso, mi mundo se había venido abajo en la medida más absoluta. Las fuerzas me faltaban y la tristeza se estaba apoderando de mí. Embarazos, abortos, bigamia, secretos... ¿Sería capaz de confiar una vez más en mi adorada mujer?

Por medio de Paulo, el abogado de Raina, supe de la exorbitante suma que pedía el otro hombre. Poco a poco reuní esa cantidad y quise llevársela de regalo a mi amada esposa, para que pudiera olvidarse de las preocupaciones.

Fui a su oficina, de improvisto, y luego no pude creer lo que me encontré: Sobre su escritorio se estaba dando lugar al espectáculo más lamentable de todos, en el que Raina y Paulo eran partícipes.

Desde ese momento todo lo que pensaba de ella se caía en pedazos, mi amor, mi dedicación, mis sacrificios, todo era inútil cuando mi amada había sido capaz de serme infiel con una persona en la que confié, que creí que era mi amigo.

Con el rencor al máximo, denuncié a Raina por bigamia y procedí a la anulación eclesial de nuestro matrimonio, alegando su negación para procrear. Abandoné la residencia en común y me quedé unos días con mi madre, aunque con ello estaba renunciando a mi independencia y a mi estabilidad humana.

Los vicios me abordaron con ligereza, en un intento desesperado por sacarme del alma la tristeza suprema que me acongojaba. Usualmente, me reunía con gente desconocida, sin importarme los comentarios que pudieran lanzarme, ya que todos estábamos navegando el mismo mar de porquerías, viviendo las horas más asquerosas de todas, con el único fin de no sentir el intenso dolor.

Mi madre, por fin en mi panorama, sufría al verme desvalido, así que me obligó a entrar en un programa contra adicciones. Por más que daba poco valor a lo que ella pensara o sintiera, la intervención de Pilarica tuvo cierta incidencia en mi decisión.

Asistí a un centro en el que atendían a varios famosos, así que la prensa estaba en asedio constante. Quise escapar de ellos, hasta que me di cuenta de que yo no era el objetivo y, de hecho, ni siquiera me reconocían.

En ese lugar mis mayores temores regresaron y viví los peores días de mi existencia, entre los medicamentos que usaban y la desesperante abstinencia. Dejé de pensar que

valía la pena seguir viviendo e intenté terminarlo todo, pero pude salir de ese cuadro patético. Ya recuperado, decidí alejarme de mi madre y regresar a la casita en la que nací, en la que transcurrían mis vacaciones infantiles, y donde una vez quise decirle a la mujer más importante de todas que la adoraba. Estaba de vuelta al lugar que más odiaba.